

cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo diametralmente lo contrario; y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de la naturaleza humana, en proseguir su dañada intención con tan crecida malicia».

*El demonio es realmente el perro que ladra para asustar, pero que no puede morder si uno no se deja; y él lo sabe. Por eso **hace ruido y estrépito para aterrorizar a las almas**; y en eso, una vez más, entra su arte de engaño y de mentira: utiliza toda una serie de falsas razones para que no perseveremos en el bien acometido, o simplemente para que no acometamos el que Dios o la Virgen nos habían sugerido; insinúa mil inquietudes, oscuridades, desganas, ansiedades interiores, que llevan a las almas a ponerse nerviosas, a irritarse con todo, a desalentarse, cuando en realidad sólo tienen delante una pompa de jabón, enorme sin duda, pero que basta pinchar para que desaparezca.*

5º Quinto ardid: cansa por la duración del combate.

El quinto ardid es el de **cansar a las almas por la duración del combate**. Como sabe lo mucho que nos cuesta a nosotros, tan cambiantes y frágiles, perseverar en una actitud de generosidad y de esfuerzo, lo que hace es bombardearnos lo más que puede, porque sabe que una vez lo resistiremos, y dos, y tres, y tal vez cinco, pero no ya cincuenta. Nos va desgastando, como lo haría cualquier enemigo físico: es la táctica tradicional del asedio: pongo cerco a tu ciudad, y espero a que se te acaben las provisiones, el alimento, el agua, la esperanza de ser socorrido, el brío para seguir resistiendo: al final no te quedará otra que rendirte.

Es también una actitud de engaño y de mentira, pues los ataques del demonio no deben asustarnos, y hemos de enfrentarlos con la mayor calma posible, para ahorrar fuerzas y no malgastarlas inútilmente con espantos y desalientos.

Este engaño puede insinuarse incluso a mayor escala, a nivel por ejemplo de la fidelidad que debemos guardar a Dios Nuestro Señor y a la Santa Iglesia. La crisis actual por la que pasa la Iglesia se prolonga indefinidamente, sin que alcancemos a verle ninguna salida. Y el desaliento empieza a sentirse en nuestras filas, provocando finalmente, ya acuerdos con Roma (Campos, Fraternidad San Pedro, Instituto del Buen Pastor), ya desconfianza respecto de nuestros Superiores, ya supuestas soluciones sedevacantistas. ¡Es tan difícil guardar el equilibrio en momentos tan sufridos!...

Para resistir como conviene a este último engaño del diablo, debemos ampararnos en la verdad, esto es, en la convicción de que Dios sólo le permite al demonio estos combates prolongados por el bien de nuestras almas, y de que, juntamente con la duración del combate, Dios nos dará su gracia, «no permitiendo que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas» (1 Cor. 10 13).

Cinco ardides del demonio basados en el engaño y la mentira

En una Hojita de Fe anterior expusimos las principales **reglas de discernimiento de espíritus**, y prometimos desglosar más en detalle los principales **ardides de que se vale el demonio** para combatimos, ardides característicos sobre todo de los tiempos de desolación, que son los momentos en que quedamos más expuestos a sus influencias en nuestras almas.

*En otra Hojita de Fe (nº 5), exponiendo la parábola de la cizaña, vimos cómo el Señor señalaba dos tácticas principales del demonio para lograr sus perversos intentos, a saber: la mentira y la tiniebla, o cuidado por pasar desapercibido. Desarrollando la misma idea, en esta Hojita de Fe señalaremos los ardides en que el diablo se vale de la **mentira**, dejando para la próxima los ardides en que se cubre del incógnito.*

Que todos los ardides del demonio tengan una estratagema común, **la de la mentira**, en la que envuelve todas las demás, no ha de extrañarnos, por cuanto el demonio es «*el padre de la mentira*», como lo llama Nuestro Señor, ya que «*no se mantuvo en la verdad*» (Jn. 8 48).

Es mentira que los únicos bienes sean los de esta tierra, como él lo insinúa. Es mentira que Dios nos abandone o no nos escuche cuando le imploramos. Es mentira que no podamos vencer nuestras tendencias desordenadas. Es mentira que no exista cielo o infierno. Es mentira que Dios no nos perdone si estamos arrepentidos de veras. Y así con todo lo demás, como lo demostraremos al comentar los principales ardides en que el demonio se vale de ella.

1º Primer ardid: pide el secreto.

Un primer ardid es **el del silencio que reclama de nuestra parte**: que no se revelen sus pensamientos a una persona más experimentada, con la cual se vería él al descubierto y neutralizadas todas sus astucias y engaños. Así lo enuncia San Ignacio: «*El enemigo se comporta como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte, y pretendiendo seducir a una hija de un buen padre, o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras e insinuaciones sean secretas, y al contrario, mucho le desagrada que la hija al padre, o la mujer al marido, le revele sus vanas palabras e intención depravada, porque fácilmente deduce que no podrá*

salir con el intento comenzado; de la misma manera, cuando el enemigo de la naturaleza humana trae sus astucias e insinuaciones al alma justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto, mas cuando el alma las descubre a su buen confesor o a otra persona espiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa, porque deduce que no podrá salir con su malicia comenzada, por quedar manifiestos y al descubierto sus engaños».

*El engaño que aquí explota el demonio es el del prestidigitador ante sus espectadores, a saber, la **inexperiencia, ignorancia o ingenuidad del alma principiante**, que hacen que el demonio pueda enredarla y engañarla con trampas que valen sólo para quienes ignoran sus procedimientos, pero no para quienes los conocen. Si un alma, sobre todo al principio, no consulta con alguien experimentado los pensamientos engañosos que el demonio le sugiere, corre gran peligro de dejarse engatusar por ellos, como se deja engatusar un ingenuo ante un vendedor que le propone con ingenio y labia un producto falso, dañado o malo, como si fuera original, perfecto o en buen estado. Muchas de las pruebas que nos angustian se deben a esto, y se resuelven consultando a quien tiene más experiencia, y aprendiendo (por los engaños ya detectados y reconocidos) a no darle fácilmente crédito a esos pensamientos que el enemigo presenta.*

2º Segundo ardid: adapta las tentaciones.

Un segundo ardid es el de **adaptarse lo más que pueda a nuestras tendencias desordenadas**: pues esas tendencias son para él una pantalla que oculta a las mil maravillas su acción sobre nosotros. San Ignacio la enuncia como sigue: «*El enemigo se comporta como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeándonos, mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos*».

*El engaño que se oculta tras este ardid consiste en **intentar despistarnos para que no veamos por dónde nos ataca**; y así, por lo general, suele ocultar su acción bajo nuestras tendencias naturales, de manera que no podamos atribuirle a él el pensamiento o insinuación que nos da guerra. Y es verdad que, detrás de cada tentación, no sólo está el demonio, sino muchísimas veces nuestra propia naturaleza con sus tendencias; pero no hemos de olvidar, para no ser incautos, que el demonio sabe manipular nuestras propias tendencias para aumentarlas, exagerarlas, y disimular detrás de ellas pensamientos o actitudes que ya no logran explicarse por nuestras solas tendencias, aunque les sean afines.*

Se comporta así el demonio como el jugador de ajedrez que intenta desorientar a su adversario para que no adivine la jugada con que intentará hacerle jaque mate; o como el prestidigitador que, para que salga bien su truco, atrae la atención sobre cosas secundarias, a fin de desviar la mirada de su verdadero pase de manos; o como el ejército que dará falsas pistas al espionaje adversario para esconder la verdadera maniobra que intenta realizar. Por eso es importante la observación de San Ignacio: el demonio, en cada tentación o moción suya, utilizará nuestros puntos flacos; de manera

que, fijándonos por dónde nos entra siempre, adivinaremos nosotros cuáles son nuestras fallas y fragilidades, y aprenderemos a protegernos y mantenernos precavidos.

3º Tercer ardid: tienta bajo apariencia de bien.

Un tercer ardid es **engañar bajo apariencia de bien**, adaptándose a los gustos espirituales del alma y sugiriéndole pensamientos justos y santos, para apartarla de la voluntad actual de Dios bajo pretexto de un mayor bien. Dice San Ignacio de Loyola que «*es propio del ángel malo, que se presenta bajo apariencia de luz, entrar por los gustos del alma devota, a fin de salirse con la suya; es decir, trae al comienzo pensamientos buenos y santos conforme a la tal alma justa, y después, poco a poco, procura desviar la intención inicial para arrastrar al alma a sus **engaños cubiertos y perversas intenciones***». Por eso, sigue diciendo San Ignacio, «*debemos advertir mucho el transcurso de los pensamientos [o de las acciones]; y si el principio, medio y fin es bueno en todo, inclinado a todo bien, señal es que viene del buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala, o distractiva, o menos buena de la que la que el alma se había propuesto antes hacer, o la enflaquece, o inquieta, o conturba, quitándole su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es de que procede de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salvación eterna*».

Esta regla reclama ya un conocimiento más perspicaz de la propia alma, de los propios pensamientos e intenciones; pero puede causar muchísimo mal en las almas ya más avanzadas, como deberían serlo los sacerdotes y pastores.

*El Concilio Vaticano II, llevado a cabo por la jerarquía de la Iglesia, no es más que **una enorme tentación bajo apariencia de bien**: con el pretexto de acercar la Iglesia a muchísimas almas alejadas de la religión católica, se amoldó todo el catolicismo (en su dogma, en su liturgia, en su moral, en su lenguaje) al mundo moderno; se esperaba de ello una primavera, un renacer de la Iglesia, mas lo que hemos experimentado ha sido un terrible invierno, una esterilidad total, un alejamiento sin precedente de los pueblos respecto de la Iglesia. Nos hemos visto igual de engañados que Adán y Eva después del pecado: se han abierto nuestros ojos, pero para ver lo contrario de lo que se nos prometía.*

4º Cuarto ardid: acobarda con ruido.

Un cuarto ardid es el de **presumir ante nosotros de una fuerza que no tiene**, a fin de acobardarnos y amilanarnos, para que nos demos por vencidos aun antes de la lucha. El modo como San Ignacio lo explica puede no ser muy simpático para las mujeres: «*El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huida, cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin medida; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huida a sus tentaciones,*